

CAOS

Tengo un amigo que es partidario del caos.

He aquí su argumentación:

- El caos no es el fin, sino el principio de todas las cosas. La biblia me da en este punto la razón. La creación principia por un caos. No hay, por lo tanto, que mirarlo con alarma.

Mi amigo da dos chupadas al cigarrillo trigo regular que sujeta entre los dientes - mi amigo es nacionalista - y agrega.

- Este país teme infundadamente al caos. No se da cuenta muy exacta de lo que la palabra significa, pero la mira con horror. Todos nosotros, usted, yo, todos sin excepción, hemos incurrido en esa debilidad.

Cuando hace años, el Congreso debía pronunciarse sobre la elección de los señores Alessandri y Barros, se nos dijo:

- Si no se elige presidente al señor Alessandri, viene el caos ¿ que prefieren ustedes?

El caos no había sido el contendor del señor Alessandri y permanecimos perplejos: pero había que pptar entre uno y otro. La pregunta era terminante: ¿qué prefieren ustedes?

- ¡El señor Alessandri! - gritamos a una voz.

El León llegó a la Presidencia y un buen día resolvió que era necesario hacer una reforma constitucional.

- O se hace la reforma o viene el caos - dijo el Presidente. Elijan ustedes.

- La reforma - volvimos a repetir.

Vino luego una lucha electoral, con la correspondiente intervención gubernativa. Algunos protestaron.

- ¡Chits! O aceptan la intervención o viene el caos...

- ¡Aceptada la intervención! - dijimos nuevamente.

Ante el fantasma pavoroso del caos, no había más que hablar.

Se produjo una revolución y entraron a tallar otros caballeros. Muchos no los aceptaban. Pero el argumento decisivo había sido descubierto y los partidarios de la situación decían a los descontentos

- Resuelvan ustedes mismos. ¿Esta Junta o el caos...?

- La Junta. ¡Claro que la Junta! - exclamaban hasta los más tercios.

Acaeció un nuevo cambio de Gobierno y otros hombres salieron

a la Moneda y pidieron la vuelta del señor Alessandri. El otro término de la opción era, como siempre, el caos...

- ¡Bah! ¡Mil veces el señor Alessandri! dijimos con entusiasmo, antes de que nos formularan la pregunta.

Dos meses después, se planteaba a los ciudadanos el problema consabido:

- O una nueva Constitución o el caos...

- ¡Venga la nueva Constitución!

Después se han sucedido muchos hechos sobre los cuales no es posible pronunciarse: pero la disyuntiva ha permanecido invariable.

- Elijan ustedes entre esto que voy a ofrecerles...

- ¿O el caos?... completábamos la frase. Pues bien; optamos por lo otro, por lo que sea. ¡Cualquier cosa menos el caos!

Mi amigo dió una nueva chupada al cigarrillo.

- Ahora bien -, añadió con aire grave - yo he meditado mucho la cuestión y he visto ¿como le diré a usted? muchas cosas... ¡En fin! he llegado al convencimiento de que talvez he obrado con precipitación y hasta quizá con injusticia al pronunciarme en contra del caos. ¿Que me ha hecho el caos a mí? ¿Por qué temerle tanto? Bueno, mi amigo; se lo confesaré: Ahora soy partidario del caos. Si usted me dice: ¿Qué prefiero? ¿Esto o el caos? opto per el último. ¿Usted dirá que me he dado vuelta la chaqueta? Perfectamente. ¿Y qué? ¿No han hecho muchos lo mismo?

Mi amigo, con gesto enérgico arrojó al suelo la colilla del trigo regular, que había mantenido entre los dientes durante todo el curso de su peroración.

Saqué la petaca y le ofrecí un cigarrillo: ¿Prefier ingleses o cabañas?

- ¡Prefiero el caos! me dijo con ceño duro y se marchó.